

MARION ZIMMER BRADLEY

EXPERTA EN MAGIA



Las nieblas de Avalon

Libro I

Narra los sucesos acaecidos desde la temprana infancia del Hada Morgana hasta que su hermano de madre, Arturo, es coronado como Rey Supremo de Bretaña. Es Morgana quien relata, y a veces se dirige directamente al lector, desde el punto de vista de las religiones y leyendas existentes en Bretaña antes de su cristianización. Y sobre todas las hazañas, ambiciones, pasiones y aventuras aparece el profundo conflicto entre el Cristianismo y la vieja religión de Avalon. Ginebra, que en este primer libro sólo aparece como una niña blanca y dorada que se pierde entre las nieblas de Avalon, será la esposa cristiana de Arturo.

«Las Nieblas de Avalon» revela como las protagonistas de la leyenda del Rey Arturo (Ginebra, su esposa; Ingraine, su madre; Morgana, su hermana; y Viviane, la majestuosa Dama del Lago y Sacerdotisa Suprema de Avalon) podrían haber pensado, sentido y reaccionado ante los acontecimientos.

«... El hada Morgana no estaba desposada, mas
fue a instruirse a un monasterio, donde se hizo
una gran experta en magia».

Malory, *Morte d'Arthur*

Agradecimientos

CUALQUIER LIBRO de esta complejidad conduce al autor a demasiadas fuentes como para ser enumeradas en su totalidad. Probablemente debiera citar en primer lugar a mi difunto abuelo, John Roscoe Conklin, quien me facilitó por primera vez un viejo y estropeado ejemplar de la edición Sidney Lanier de *Los cuentos del Rey Arturo*, el cual leí tan repetidas veces que virtualmente lo memoricé antes de llegar a los diez años de edad. También alentaron mi imaginación fuentes varias tales como el semanario ilustrado *Cuentos del Príncipe Valiente*. A los quince años me escabullía de la escuela con mayor frecuencia de lo que nadie sospechaba para esconderme en la biblioteca del Departamento de Educación de Albany. Nueva York, donde leí una edición de diez volúmenes de *La Rama Dorada*, de James Frazer, y una colección de quince volúmenes sobre religiones comparadas, incluyendo uno enorme sobre los druidas y las religiones célticas.

En atención directa al presente volumen, debo dar las gracias a Geoffrey Ashe, cuyos trabajos me sugirieron varias direcciones para investigaciones ulteriores, y a Jamie George, de la librería Gothic Image, de Glastonbury, quien, además de mostrarme la geografía de Somerset, el emplazamiento de Camelot y del reino de Ginebra (a los propósitos del presente libro, acepto la teoría corriente de que Camelot era el castillo de Cadbury, sito en Somerset), me guió en el peregrinar por Glastonbury. También atrajo mi atención sobre las persistentes tradiciones en torno al Chalice Well

en Glastonbury y la perdurable creencia en que José de Arimatea plantó la Santa Espina en Wearyall Hill. Asimismo, allí encontré muchos materiales que exploraban la leyenda céltica de que Jesucristo fue iniciado en la religión de la sabiduría en el templo que una vez se halló en Glastonbury Tor.

En cuanto a los materiales de la cristiandad preagustiniana, he utilizado, previo permiso, un manuscrito de circulación restringida titulado «The Preconstantine Mass: A Conjecture», del padre Randall Garret. También consulté materiales de las liturgias siriocaldeas, incluyendo el Holy Orban de San Serapio, junto con materiales litúrgicos de grupos locales de cristianos de Santo Tomás y católicos anteriores al Concilio de Nicea. Los extractos de las Escrituras, especialmente el episodio del Pentecostés y el Magnificat, me fueron traducidos de los Testamentos Griegos por Walter Breen. También debo citar *La Tradición del misterio en occidente*, de Christiane Hartley, y *Avalon del Corazón*, de Dion Fortune.

Todo intento de recuperar la religión precristiana en las Islas Británicas se tornó conjetural, debido a los obstinados esfuerzos de sus sucesores por extinguir todo vestigio. Es tanto lo que difieren los eruditos que no me excuso por seleccionar, de entre las distintas fuentes, aquellas que mejor cumplen las necesidades de la ficción. He leído, aunque no seguido sumisamente, los trabajos de Margaret Murray y varios libros sobre Gardnerian Wicca. Siguiendo con el ceremonial, me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento a los grupos neopaganos locales; a Alison Harley y el Pacto de la Diosa; a Otter y al Morning Glory Zell; a Isaac Bonewits y a los Nuevos Druidas Reformados; a Robín Goodfellow y a Gaia Willwoode; a Philip Wayne y al *Manantial Cristalino*; a Starhawk, cuyo libro *La Danza Espiral* logró serme de inestimable ayuda para deducir mucho sobre la preparación de una sacerdotisa; y, por su sustento personal y afectivo (incluyendo consuelos y alientos) mientras escri-

bía el presente libro, a Diana Paxson, Tracy Blackstone, Elisabeth Water y Anodea Judith, del Círculo de la Luna Oscura.

Finalmente, debo expresar amorosa gratitud a mi marido, Walter Breen, quien dijo, en un momento crucial de mi carrera, que había llegado la hora de dejar de jugar a lo seguro escribiendo a destajo por dinero y me proporcionó el apoyo financiero para que pudiera hacerlo. También a Don Wollheim, que siempre creyó en mí, y su esposa Elsie. Sobre todo, y siempre, a Lester y Judy-Lynn del Rey, quienes me ayudaron a mejorar la calidad de mi escritura, asunto siempre temible, con agradecido amor y reconocimiento. Y por último, aunque no menos importante, a mi hijo mayor, David, por su cuidadosa preparación del manuscrito final.

Prologo

HABLA MORGANA

En mis tiempos me llamaron muchas cosas: hermana, amante, sacerdotisa, hechicera, reina. Ahora, ciertamente, me he tornado en hechicera y acaso llegue el momento en el que sea necesario que estas cosas se conozcan. Pero, bien mirado, creo que serán los cristianos quienes digan la última palabra. Perpetuamente se separa el mundo de las Hadas de aquél en el que Cristo gobierna. Nada tengo contra Cristo sino contra sus sacerdotes, que consideran a la Gran Diosa como a un demonio y niegan que alguna vez tuviera poder sobre este mundo. Cuando más, declaran que su poder proviene de Satán.

Y ahora que el mundo ha cambiado y Arturo —mi hermano, mi amante, que fue rey y rey será— yace muerto (la gente dice que duerme) en la Sagrada Isla de Avalon, el relato ha de ser narrado como lo fue antes de que los sacerdotes del Cristo Blanco llegaran cubriéndolo todo con sus santos.

Porque, como ya digo, el mundo mismo ha cambiado. Hubo un tiempo en el que un viajero, teniendo voluntad y conociendo sólo algunos de los secretos, podía adentrar su barca en el Mar Estival y arribar, no al Glastonbury de los monjes, sino a la Sagrada Isla de Avalon. Porque en aquel tiempo las puertas de los mundos se difuminaban entre las nieblas y se abrían, una a otra, cuando el viajero poseía la

intención y la voluntad. Pues éste es el gran secreto, que era conocido por todos los hombres cultos de nuestra época: basándonos en el pensamiento de los hombres, creamos el mundo que nos rodea, diariamente renovado.

Y ahora los sacerdotes, creyendo que esto infringe el mandato de su Dios, que creó el mundo de una vez y para siempre, han cerrado tales puertas (las cuales nunca existieron excepto en la mente de los hombres) y el camino no conduce más que a la Isla de los Sacerdotes, que la han protegido con el sonido de las campanas de sus iglesias, alejando toda idea del otro mundo que yace en la oscuridad. Realmente, dicen que tal mundo, en caso de existir, pertenece a Satán y es la puerta de entrada al Averno, si no el Averno mismo.

No sé lo que su Dios pueda o no haber creado. A pesar de los relatos que se narran, nunca supe mucho de los sacerdotes y nunca me atavié con la negrura de una de sus monjas de clausura. Si los de la corte de Arturo, en Camelot, decidieron así considerarme cuando llegué hasta allí (dado que siempre ostento los oscuros ropajes de la Gran Madre en su función de hechicera), no les saqué de su engaño. Y, ciertamente, hacia el final del reinado de Arturo habría sido peligroso hacerlo y humillé la cabeza ante lo conveniente, cosa que mi señora nunca hubiera hecho. Viviane, la Señora del Lago, en tiempos fue la mejor amiga de Arturo, exceptuándome a mí, y luego su más siniestra enemiga, de nuevo con mi excepción.

Mas la contienda ha terminado. Por fin pude saludar a Arturo, cuando yacía moribundo, no como a mi enemigo y enemigo de mi Diosa, sino simplemente como a mi hermano y como a un hombre agonizante con necesidad de la ayuda de la Madre, adonde todos los hombres van a dar finalmente. Incluso los sacerdotes saben esto, ya su Virgen se torna en Madre del Mundo a la hora de la muerte.

Y así yace al fin Arturo con la cabeza en mi regazo, sin verme como a una hermana, amante o rival, sino tan sólo

como a una hechicera, sacerdotisa, Señora del Lago; y así descansó en el seno de la Gran Madre, de la que vino a nacer y en la que, al igual que todos los hombres, tendrá su fin. Y acaso, cuando conduje la barca que se lo llevó, esta vez no a la Isla de los Sacerdotes, sino a la Verdadera Isla Sagrada del mundo en tinieblas más allá del nuestro, esa Isla de Avalon a la que ahora pocos además de mí pueden ir, se arrepintió de la enemistad que había entre ambos.

SEGÚN VAYA RELATANDO ESTA HISTORIA, hablaré a veces de cosas acaecidas cuando era demasiado joven para comprenderlas, o de cosas acaecidas sin estar yo presente. Y el oyente quizá se distraerá, pensando: *Ésta es su magia. Pero siempre he tenido el don de la Visión y de escrutar en el interior de la mente de hombres y mujeres. Y en todo este tiempo he estado cerca de ellos. De tal modo que, en ocasiones, todo cuanto pensaban me era conocido de una u otra forma. Y así relataré esta historia.*

Ya que un día también los sacerdotes la contarán, tal como ellos la conocían. Acaso entre ambas versiones, algún destello de la verdad pueda vislumbrarse.

Porque es esto lo que los sacerdotes no saben: que no hay nada semejante a una historia cierta. La verdad tiene múltiples facetas, como el viejo camino hasta Avalon; depende de tu propia voluntad e intenciones, adónde el camino te lleve y adónde por último arribes, si a la Sagrada Isla de la Eternidad o entre los sacerdotes con sus campanas, muerte, Satán, Averno y condenación... Mas tal vez esté siendo injusta con ellos. Incluso la Señora del Lago, que odiaba la túnica de los sacerdotes tanto como a una serpiente venenosa, y con buenos motivos además, me reprendió una vez por hablar mal de su Dios.

«Ya que todos los Dioses son un solo Dios», me dijo entonces, como lo hizo muchas veces anteriormente y como yo les he dicho a mis novicias tantas veces, como toda

sacerdotisa que venga después de mí volverá a decir, «y todas las Diosas son una Diosa, habiendo un único Iniciador. Para cada hombre su propia verdad y el Dios que hay en el interior de ésta».

Y así, tal vez, la verdad flote en alguna parte entre el camino a Glastonbury, la Isla de los Sacerdotes, y el camino a Avalon, perdida siempre en las nieblas del Mar Estival.

Pero ésta es mi verdad. Yo, Morgana, te digo estas cosas; Morgana, que en los últimos tiempos fue llamada el Hada Morgana.

Libro uno
EXPERTA EN MAGIA

I

Incluso bien entrado el verano, Tintagel era un lugar fantasmal. Igraine, la esposa del Duque Gorlois, miraba al mar desde el promontorio. Mientras escrutaba nieblas y brumas, se preguntaba si alguna vez tendría conocimiento de cuándo la noche y el día igualaban su duración para poder guardar la Fiesta del Año Nuevo. Aquel año las tormentas primaverales habían sido desacostumbradamente violentas; el batir del mar resonaba noche y día en el castillo hasta que ningún hombre o mujer pudo dormir, e incluso los perros aullaban lúgubrementemente.

Tintagel... quedaban aún quienes creían que el castillo había sido construido sobre los riscos, al final del largo arrecife que penetraba en el mar, por la magia del antiguo pueblo de los Ys. El Duque Gorlois se reía de esto diciendo que de tener algo de su magia, la habría utilizado para evitar que el mar se apropiara año tras año de las tierras de la costa. En los cuatro pasados desde que llegó allí como desposada de Gorlois, Igraine había visto tierra, tierra buena, desaparecer en el mar de Cornish. Largos brazos de negra roca, aguda y escarpada, se adentraban en el océano desde la costa. Cuando el sol brillaba, el paisaje llegaba a ser bello y luminoso, el cielo y el agua tan resplandecientes como las joyas con que Gorlois la colmó el día en que le manifestó que iba a tener su primer hijo. Pero a Igraine nunca le había gustado ponérselas. La alhaja que ahora pendía de

su cuello le había sido entregada en Avalon: una piedra lunar que a veces reflejaba el esplendor azulado del cielo y el mar. Pero que hoy, entre las brumas, parecía grisácea.

En la niebla, los sonidos atravesaban largas distancias. A Igraine le pareció, mientras se hallaba en el arrecife dando la espalda a la tierra, oír cascadas de caballos y mulas, y sonido de voces; voces humanas allí en la aislada Tintagel, donde nada vivía excepto cabras y ovejas, los pastores con sus perros, las damas del castillo con unas cuantas sirvientas y varios ancianos para protegerlas.

Lentamente, Igraine se volvió y comenzó a andar hacia el castillo. Como siempre, inmersa en su sombra, se sintió empequeñecida por la presencia de aquellas viejas piedras al final del largo paso que se extendía hacia el mar. Los pastores creían que el castillo había sido construido por los Arcanos de las tierras perdidas de Lyonesse e Ys. En un día claro, eso decían los pescadores, sus viejos castillos podían verse bajo las aguas. Pero a Igraine le parecían torres rocosas, arcaicas montañas y colinas cubiertas por el siempre encrespado mar que las erosionaba, incluso ahora, en los riscos inferiores al castillo. Allí en el fin del mundo, donde el mar devoraba interminablemente a la tierra, era fácil creer en tierras anegadas al oeste. Había relatos de una gran montaña ígnea que explotó muy al sur, tragándose una gran extensión de tierra. Igraine nunca supo si creer en tales relatos o no.

Si, ciertamente oía voces entre la niebla. No podían ser los jinetes salvajes de más allá del mar, o de las agrestes costas de Erin. Mucho tiempo había pasado desde que tuviera que sorprenderse necesariamente con cada sombra o ruido extraño. No era su esposo el Duque; estaba muy al norte luchando contra los sajones al lado de Ambrosius Aurelianus, Rey Supremo de Bretaña; de haber proyectado regresar, hubiera enviado un mensaje.

Y no tenía por qué temer. Si los jinetes eran hostiles, los guardas y soldados de la fortaleza al final del paso, situa-

dos allí por el Duque Gorlois para proteger a su esposa e hija, los habrían detenido. Hubieran necesitado un ejército para atravesarlos. Y, ¿quién enviaría un ejército contra Tintagel?

Hubo una época, recordó Igraine sin amargura, encaminándose lentamente hacia el patio del castillo, en la que hubiera sabido quién cabalgaba hacia allí. Tal pensamiento la entristeció un poco. Desde el nacimiento de Morgana no había vuelto a llorar por su hogar. Y Gorlois era amable con ella. Había apaciguado sus primeros miedos y odios, colmado de joyas y cosas hermosas obtenidas como trofeos de guerra, rodeada de doncellas que la acompañaban. Siempre la trató como a su igual, excepto en los consejos de guerra. No podía pedir más, a menos que se hubiese casado con un hombre de las Tribus. Y en esto no había tenido elección. Una hija de la Isla Sagrada debe hacer lo mejor para su pueblo, ya sea entregarse a la muerte en sacrificio o renunciar a su virginidad en el Sagrado Matrimonio, o casarse donde se pensara que se cimentarían alianzas. Esto es lo que había hecho Igraine al casarse con el Duque romanizado de Cornwall, un ciudadano que vivía, aunque Roma había desaparecido por completo de Bretaña, a la usanza romana.

Se quitó la capa de los hombros. Hacía calor en el patio, protegido del lacerante viento. Y allí, cuando la niebla se arremolinó y despejó, una figura se irguió ante ella durante un instante, materializándose a partir de la niebla y la bruma: su hermana, Viviane, la Dama del Lago, Señora de la Isla Sagrada.

—¡Hermana! —Las palabras tremolaron, e Igraine supo que no las había dicho en voz alta sino susurrado, llevándose las manos al pecho—. ¿Te veo realmente aquí?

La expresión era reprobadora y las palabras parecían perderse en el ulular del viento al otro lado de los muros.

¿Has renunciado a la Visión, Igraine? ¿Por voluntad propia?

Ofendida por semejante injusticia, Igraine replicó:

—Fuiste tú quien decretó que debía casarme con Gollois...

Pero la silueta de su hermana se había esfumado entre las sombras, no estaba allí, nunca había estado. Igraine parpadeó; la breve aparición se había ido. Se volvió a poner la capa porque sintió frío, un frío glacial. Sabía que la visión había extraído la fuerza del calor y vida de su propio cuerpo. Pensó: *No sabía que aún pudiera ver de esta forma, estaba segura de que no...* Y entonces se estremeció, sabiendo que el Padre Columba consideraría aquello obra del Demonio y tendría que confesarlo. Era cierto que allí, en el fin del mundo, los clérigos eran permisivos; pero una visión inconfesada seguramente se consideraría algo impío.

Frunció el ceño, ¿por qué habría de considerar una visita de su propia hermana como obra del Demonio? El Padre Columba podría decir cuanto quisiera, pero su Dios debía ser más sabio que él. Lo que, pensó Igraine reprimiendo una risita, no sería muy difícil. Quizá el Padre Columba se había convertido en sacerdote de Cristo porque ninguna escuela de druidas habría aceptado a un hombre tan estúpido entre sus filas. A Cristo no parecía importarle si un sacerdote era estúpido o no, mientras pudiese balbucear en latín y leer y escribir un poco. Ella misma, Igraine, poseía más dotes clericales que el Padre Columba y hablaba mejor el latín cuando quería. No se consideraba a sí misma culta; no había sido lo bastante voluntariosa para estudiar la profunda sabiduría de la Vieja Religión o para penetrar en los Misterios más allá de lo estrictamente necesario en una hija de la Isla Sagrada. Sin embargo, aunque era una ignorante en cualquier Templo de los Misterios, podía pasar entre los romanizados bárbaros por una dama bien educada.

En la pequeña estancia que daba al patio, donde el sol se introducía en los días buenos, su hermana menor, Morgause, en la flor de sus trece años, llevando una saya de lana sin teñir y una vieja capa sobre los hombros, estaba hi-